

SOLAMENTE FRIDA

“aquí me pinté yo, Frida Kahlo con la imagen del espejo”

Frida Kahlo

I

Los rostros de Frida kahlo en laberinto del grito dejan escapar al feto del sueño. El tren se derrumba en la pesadilla. La realidad salpica de sangre como revolución para quién. Su útero no murió.

Llora la luna soledad del árbol.

Espejo colgado en techo deja bocetar una mujer que repudia el dolor. No es nada fácil sostener la imagen que se me parece pareciera afrontar la voz que deja escapar la ventana de un pueblo desdibujado en el insomnio.

Baila con la muerte. Desnuda al impío espantapájaros hiriente. Su rostro sorprende a mirada. Narciso no se ahoga en el sufrimiento. No doblega el gesto. No le da placer al espejo.

Borra de angustia se añeja dentro de ella.

Se repite mueca de la realidad.

No hay ninguna herida en su cara bellamente. Desfigurado cuerpo. Sus vestuarios rellenan vacío de sí misma. No se tiene pena. No hizo de sí eco del espanto. No se busca en la imagen que se desprende.

Su nada putrefacta cavila dentro de piel. Se dobla, se hace una. Ninguna asoma. Alguna toda ella. Aquella del yo donde va su vientre roto. Útero la pariste. ¿Madre qué pensaste cuándo la engendraste? ¿Padre tu epilepsia flash multiplicando la memoria? ¿Dónde la hija sea?

Máscara multicolor tras fondo oscuro, blanco lienzo ensangrentado, si pudiera caber en cuenco de mi mano me adentraría hasta hundirme en mi huella. Si supieras lo que pienso.

Dibujo mi nacimiento.

El aborto me parte la vida.

Parto y parte de mí de ti.

¿De quién no?

¿Quién sabe lo que siento? Siénteme. Se me desgarran el ser. Hago naturaleza muerta. La mariposa tiene que parecer viva en lo inerte. Cómo dijiste sobre los incidentes en tu historia, acaso, la desgracia de amar como un accidente a desenmascarar...

Incrustado porvenir en agonía de la luna.

El amor duele como estocada. Vil enamorado se ahoga como feto en charco del escupitajo. No hay desquite que no te golpee. Me invento otra para sacarme de mí. Soy la amante de mí en ellas. Ella y él sin yo propietario.

Sin destino el ser.

Tiempo estupefacto delira con voz que se retuerce junto a sombra apenas fría apenas tibia. Cambia Coyoacán. ¡No! Quédate como tal. La casa donde nací y morí abre las puertas. El mercado cerca. Las mujeres ajustan chal. Se rejuntan en esquinas para ponerse al día.

Molde del día tiembla.

¿Quién se acuerda de mí? Original no es origen ni originaria ni rasgo acuñándote. Qué quieren saber de aquella que hunde pincel en fuente para teñirla de púrpura. La letra que no quiere bordar resbala en gota de cera. Lágrima agría lame.

Algo me aguarda en recipiente del silencio. Me descubro en creación que me cubre. Me echo en mi sombra. Guardo diario entre mis senos mientras pienso en lo que a nadie le importa.

Dejo que mis manos se olviden de mí por algunos momentos. Mis huesos son fragmentos de tiempo armándome la memoria para que no caiga ante la ejecución postergada. ¿De quién?

Fantasma tiene nostalgia del esqueleto. Parece funda de leche desparramada por teta de la noche. Lechuza carnívora asoma por ventana. La pata del ratón en su pico. Aletea. El rabo parece soguita.

Escribo mi propia compañía que se aleja. Soy la criada de criatura que me reina. Cuando me da la gana la someto a punto final. Solo que es diario en cuadrenos. Cada día sobrevive en mi cuerpo.

II

Niña Frida coja la muñeca coja. Cójame coja. Coja estás. Coja pájara pinta. Dibuja bruja ruja. Uja aja. Juego con dolor a la escondida pero siempre me encuentra. A ver si grito lo asusta. Me escondo en mí.

Se nota que escarbo en papeles vacíos de infancia. Papel picado, picadillo lo hago, lo hecho por la ventana. Parecen lucecitas dejando rastro de luna sin tocar. Y no se va. ¡Qué va! Aquí está pegado como ira, como odio, como caos a pique.

Pico, pala, tierra encima. Límite. Avanza. Llega ¿quién? Calles atestadas. No tengo libertad para escoger una parte de mi cuerpo. Estoy empantanada dentro de arena movediza algo de mí.

La chica quiere correr rápido. Cojan a coja, dice una. Se escabulle entre arbustos. Se esconde. Se toca pierna. No tiene fuerza. Le machaca en oído la frase. Faldas anchas no dejan ver nada.

Que no se note. Pretexto para no correr.

No me gusta jugar como las zorras persiguiendo gallinas. Es una buena imagen. La dibujo. La zorra tiene mi cara, y una pata herida. Perfecto. En el lienzo hay un cambio. La metamorfosis del suceso. La venada deslumbra.

Desvanece a la que se envanece en reflejo. Repleta pollera del cielo con zumo de cáscaras, crinolina de nubes caen como soplo degollado, empluma al sol, le pone cresta, parece un gallo perdido en el ruedo del mar. Charco de sangre gelatinosa el recuerdo del atardecer.

En la fiesta, la amante de Ribera quiere sorprenderme, me alza la enagua, y se burla de mi pata apaliada. Ya nada me tumba. Sé que la envidia se parece al veneno. No lo beberé. No te mataré venadita, basta de cacería.

En casa me desnudo, estoy frente al espejo. Mis cicatrices parecen ramas enterradas o saliendo, cómo mismo las pongo. Mi pierna parece un tronquillo aún con vida. Me regocijo por una belleza que sospecho.

Una mujer dentro de mí vistió a un hombre en la infancia y adolescencia. Me escabullo en esos trajes para no se note la falta. Cuando la femineidad afloró me sentía enamorada arisca en la mente, la forma de mi pecho rompiendo como dos montañitas con sus aureolas, cráteres para el calostro sin erupción.

Creciendo voy hasta que me empache de tiempo y la náusea me aparte de la imagen que me acosa. Regocijo sin repudio este estado frente al tocador sin doblegarme, madre selva en flor mi cintura serpiente de roca, cubro mi espalda, dejo caer agua en mis piernas, rebusco algodón ligero para sentirme aurora boreal, aprieto soledad del equinoccio en noche perpetua del origen del baile. Cada vértebra recipiente de tumbas desenterrando en mi espina dorsal tal duelo.

Mi yo: incógnita de mí y no sé qué. Algo me hacía creer que el mundo no solo está afuera. Mi cuerpo era otro que asomaba a mis ojos, importa qué. Y tenía que pasar lo que pasó.

El tren choca con bus donde voy, se me ahoga la alegría, la compaginación de mi búsqueda me desploma hasta en medio de las piernas, la vida que podía traer se me escapa, mi vagina perforada, mi pelvis triza, mi útero desolado. Mi columna a pique (y no fue sólo la polio) ¿Qué es esto? ¿Quién aguanta? ¿Quién resiste? Que me vengan a decir narcisista, ególatra y no sé qué otras egopatías.

¿Ponte en mi lugar? Ni mis zapatos te quedarían porque uno está torcido. Y el otro no me deja porque está amoldado solo a mí. La suela del zapato gastado en el recuerdo sin zapatero. Chullo calzado. Nada de coja. Mutilada. Mocha.

Quién me quiere ver sin ningún trapo encima y sostener la curiosidad hasta que lo cubra con mi insomnio. Despeja el morbo. Hártate de rostros y escenarios contando en trazos la secuencia sin hilo de lo que mi fantasía desparrama en yemas de mis dedos. ¿Quién dijo ya estoy hasta la coronilla de Frida? – Yo- me dice la que no soporta. Ándale prosuda. Te hago transfusión directa. Respira despacio, baja los párpados, aguántame.

III

Quién carga encima a un México que sangra, que verdea, que blanquea. Que se empaña y no se deja manchar con revuelta del espejismo y derrota y trincheras resistienedo. Cerca, cercado. Me acerco.

La muerte no es una calavera dulce.

Ni fe ni bonita hijo de la chingada madre, a quién le importa eso cuando la calavera está que te lame y no te deja un instante. Tu respiración es de ella. ¿Tranquila? Existe esa palabra en mí.

La sombra mece la luz, ésta última salta, la otra la absorbe, juegan como siamés. Así es mi vida. Que me doy un viva a grito pelado de bala, de cicatriz, de nada. La gangrena, la necropsia contra pica, contraria a mí. Apesta la podredumbre de la libertad. Mi cuate el cuerpo, tuyo el mío, el de aquel ¿Dónde estás? Rascándome.

Tirada en el piso, toda encharcado de huecos y sangre gelatinosa despegándose entre las piedras del camino y yo entre los rieles. -Para qué recuerdas- me dices. Para que no suceda otra vez.

Quién pone los muertos, quién los quita. ¿Quién los entierra? ¿Quién los desentierra? Mi muerte ahíto sola como los cuadros que pinté para mi sin mí, como para no olvidarme que esa soy. Esa que duele hasta en el desmadre de la memoria. Aquellas que somos. ¿Quién no es?

¿Quién dijo sigo siendo el rey? Allá en monte rey degollar, te reparten, y tu cabeza quién sabe. La silla de la montaña parece el trono de la muerte. ¡Que no! Fíjate, es el asiento de la luna, tatarabuela, bisabuela, abuela, la madre, la hija, una mujer que ampara noche del fuego.

¡Ah! tus besos de agua no sacian al silencio con su soledad en cualquier parte.

Escucho río perderse con trompeta de trueno impío, sin contemplación echa su resplandor. Me mojo rostro con aguacero, trago goterones. Me desnudo y bailo, mi cabello cae como retazos de noche, giro y me empujo al presagio del impulso.

El peso del tiempo se estaciona, me acaricia las hojas con que me visto, parezco serpiente de escamas, dejo que esa verde agua me acuardele con forma que no compongo. El viento se precipita, aúlla, mis pezones parecen tapitas de arcilla fresca esperando caber en vasijitas perdidas en la infanta que fui.

La niña quiere coger mi cuerpo y vestirlo de guirnaldas y flores de nepal y candela. Se acerca pero estamos tan distantes. Despierto estoy cubierta de liencillo, mi bata blanca me recuerda que he salido otra vez.

¿Qué número de corte es este? aguardo diariamente el instante, cada día me despinta, cada trazo me aleja, cada boceto me figura, cada toma de pase me provoca. Ninguna me gusta.

Se me ha hecho costumbre maquillarme, que ya no diferencio a la atrapada en lienzo ni a la que se va quedando inmóvil poco a poco. Me vengo de mí. Le cuento con mis dibujos, pinceles y pegotes de colores su historia. No es un cuento de princesa feliz ¡qué va!

La derrota. Arrinconas al sol en tu vida. Llaga y sequía la soledad. La revuelta se desata. Un balazo escucho, dinamitazos, quién avanza, quién retrocede. Una pincelada doy, una mariposa negra mi cuerpo. Un colibrí asoma en la fuente. ¿Cómo morir antes de nacer?

El lienzo se llena (los mineros ascienden de uno en uno) Lloro. La vida cabe en un aliento. Un túnel llega a la cueva. Le compro al viejo cobrizo liencillo con pájaros de colores, sólo falta que vuelen.

El bordado no se deshila.

Mezclo ayer con hoy.

Organillo suena hasta la tristeza.

Hay tantos y tan pocos los miran. Parecen estampas de melancolía en el parque. Allá la casa azul, la moneda cae. La mujer de ojos inciertos quiere morir, se lo dice a una que quiere lo mismo.

Ronda la pena como música que se cuele en el vacío.

Solloza la montaña, el niño juega, se carcajea con el mono de Frida, la venadito lo mira a lo lejos, yo, la capturo con mirada. La cazadora me escribe, me describe sin reconocermé. Me hace levantamientos que me impugna, que no me deja estar regocijada, que no permite me distraiga. Me trae de vuelta, me pone en la mira de mí misma.

Qué imbéciles somos cuando el miedo nos atosiga, nos acobarda o nos hunde o peor andamos a la carrera para llegar primero ¿y no sabes lo que te espera? Sigo cavando la forma de la sombra. La memoria me liga al vientre, a la fosa, a la superficie, a la curtiembre no erosionada por el estorbo.

No te me cargues cuerpo te voy a dejar sin nada, ni cenizas serás, no te me burles lengua carne de mí. Pesa el plomo como plata, como la barra de hierro esa, como este yeso.

Estoy desarmada por mi propia armadura. Me inmoviliza, me descarna. La panza vacía, el cuerpo vacío, el sentimiento vacío. ¿Para qué llenarme? Hay tantos muertos, tanta peste, tanta hambre, tanta vida botada.

Y no me venga nadie a decir que con dinero o sin dinero hago siempre lo que quiero. Que ningún capo me jala el rancho de la fosa. ¿Qué pasó con mi tierra? ¿qué conquista fue que nos jodió? ¿qué hago?

Estamos perdido o salvados en horcajadas malinche.

El mestizaje no es, el blanco fue, y el de ahora qué. Aguardiente a la culpa, al deudo, al difunto. No hay fiesta para las matanzas, hay una aptitud. ¿Si me matas a mi prójimo yo me aproximo, y si mi semejante me apunta o te apunto? ¿qué quieres que haga?

-Yo no lo reté a duelo- ¿de dónde sales tú? ¿Qué dios o demonio te ha creado? ¿Quién te creó? -dirás crio- Piedra de volcán, brasa encendida, resguárdame del monstruo, que no me venza ni me aminore el pánico.

La fiesta contradice el luto. ¿Y la hilera de ataúdes? Los deudos parecen una masa negra en movimiento. Ruta de puebla, de Chiapas, de todas partes. La mendicidad es signo que la vara no mide lo mismo.

Talla la roca. Hueco de ola el silencio. La madera seca espera turno del hacha. La forma del vacío no se deja agarrar. Escapa la ausencia al golpe. No más- ¿Adivina quién soy? (Puedo ser tú) ¡Ay! Jalisco no te rajés.

Diego me contempla. Me dice que soy valiente por eso de aguantar la vulgaridad de la pasión sin destinatario. Le hecho el humo en la cara. Me quita el cigarrillo. Lo refriega en el cenicero.

Me lleva a la cama. Soy su vulnerabilidad del amor. Lo transfiguro. Me fija en sus sentidos. Me dejo someter al sentimiento. Lo subyugo al beso sin imagen. No soy ella ni las otras. ¿Quién es la otra en mí?

Personifícame y dejo de ser. Déjame donde estoy. Séame la vida sin complejo de castración, que ya se me pegó en el cuerpo una racha voraz, que me está comiendo como su presa única. ¿Qué? A ti, -¿a mí?- Que la peste del capo capa. Capaz, capataz, rapaz de la inmundicia.

Tengo náusea de lo abominable. Yo: no yo.

La favorita del festín miro como comes sin dejar rastro de tu identidad.

Te borras, me arrastras, te rastreo, te digito, me asesinan, te delatas, me acusas, recuso. -No te sacias- Te dejo mi espacio para que ahí empieces a cavar tu tumba. ¿Quién sabe de mí? -Yo sé de ti-

Las tijeras resplandecen en sus manos firmes. La trenza onírica cae en caja de cartón. El corte hace nacer otra expresión. Nada de morir fácilmente. Me hago una línea que parte desde mis cejas.

Cada lado me identifica con el lado claro y oscuro. La identidad no me colma ni me calma. La fragilidad una pesadilla placenteramente andrógina. Alivio la fantasía.

Me figuro una figura. Figuradamente sin figurar auguro. Figuro y desfiguro. El feto de Eva paro. El génesis no me habita. Mi cuerpo nada que ver con ese paraíso. No puedo reconciliarme conmigo. Caverna viva en la otra sombra. Insoportable. ¿Quién da hachazos a una parte de mí?

Y la vida sigue a pesar de mí. Pesar de ti. Pesares de qué. Pesas existencia. La respiración en el sagrario contenía silencio, suplicio y rezo. Me sentí aliviada. Me dejé tocar por esa fe que se me escapa como hostia en la boca hace tanto...

La pequeña virgen parece una princesa de la flora de la nada. ¿Dónde está la mía? Camino sigilosa buscando a Dios. Me asombra la belleza de la Guadalupe rodeada de resplandor.

Tan inalcanzable es la santidad...

Me gusta la frescura del milagro, de la voz humana cuando se despoja de martirio o del crimen. El oro no me fascina, no me dice nada. Y es tan imponente, es como la codicia y el muro de la soberbia o ese orgullo que te hace creer único.

Plegaria, salmo y dominio del espíritu. Me alejo de tanto brillo para que no me engeuezca. Sagrario sin mí. ¿Quién se es en la nada? Salgo cruzo al parque, me siento en un banco, recobro la vida.

Dios te quiero sin nada que te ajuste. La vida picante. En la punta de la lengua la angustia y la calma y la desazón. Un monstruo invade el temor. La tierra se recoge en la estatua, la rayuela suela de zapato de huella perdida.

La palabra me pone atenta. ¿Quién canta? –hermosa de mí llorona, llorona, que me muero de frío, ¡ay! De mi llorona. Me cubro el rostro, apenas dejo ver mis ojos, sigo la tarde que se acerca, el chal no me calma este frío hasta los huesos, me apretujo en mí. Veo a los enamorados darse un abrazo infinito.

Siento lo que no siento, lo que no quiero. Si no es. El organillo otra vez. Y el que no sabe de amores no sabe de la vida. Avanzo con la noche. Atrás la casa de Frida. La encantada me aguarda. Prendo lámpara de papel. La alegoría quiere que esté en el recuerdo, tú no conmigo, mi rostro contigo, te lo presto, ponte traje Tijuana.

Se una fiesta sin motivo al llanto. Que sólo el llanto del nacimiento sea un suceso incomparable, para que te lo cuenten, por qué no. ¡Ay! Jalisco no te rajés. ¿Y quién me la cambia? –¿qué? La vida. Ella da giros.

La guitarra templada y la voz descomunal ¿Qué cantante es? El coro sigue y me hace seña que acolite. Mi voz de pájaro juega con rama de la cuerda. Dicen que los hombres no deben llorar por una mujer, interrumpo un poco picada, nadie ha dicho que las mujeres no deben llorar por un hombre, lloro por mí (que me suena familiar eso) quién comprenda eso. Sin caja musical el corazón.

–Tequila lo quiero- Pero no más que mi vida ni que tanto. Vamos a lo mero mero un tantito no más, y párele ya. No, aquí viene esta que está rechula, ándale, que bonitos ojos tienes malagueña salerosa, eso es, que te quiero México, no me olvides. Y siego siendo la reina, claro está que eras ajena al trago siniestro. Ahora soy el rey en la cantina de la muerte.

Frida mira de frente. No esconde la mirada. Mira al tiempo que lo diluye en agua, lo plasma en movimientos. Mírala no más, tan enigmática como la soledad en sus ojos. Su boca habló lo suficiente. Lo que quiso. –La quiero como es-

Ella: princesa del nudo incompleto, espejo cabizbajo acecha.

Salterio telar. Hilo rojo: sangre, menstruación, ira. Vida sea. Hilo negro: hilacha, voltereta al pujo, empuja, tire y jale. Al fin dejo de nacer. Muerte. Furia. Los personajes sufren su propia destrucción.

Hilo la vida y la muerte uno conmigo. La madre teje traje de la hija, ella la sucesión de sí misma. Traje para nacer, traje para morir. Hilar para disipar. Bordar el instante que ocurre y no. La imaginación socaba forma que desanda. Rito del color se repite como prisma. ¿Dónde estás en todas esas madres?

-Madreselva-

Mujer se estrella en color. Agua se desborda, peces mueren en el lápiz. Tambor de hojas, collar de ajonjolí, rastrera de sol, cinturón de escamas. Serpiente se hunde en el lago. Sonido ausculta el sentir. Me trago a mí misma. Forma reconoce mis manos en tela de hilos atrás del yunque, tinaja y piedra para moler maíz.

Novia se estremece entre frío de luz y sombra que forma su cuerpo. Su cabello lleno de flores deja un camino de pétalos trizados. Se tiñe la tierra de dibujos con pisadas, se enloda memoria, rayo seca barro, siluetillas picos de rastros tras cuña de río, solsticio de espera dentro de gota de agua.

Vasija de úteros cada mañana cuando da tijeras al autorretrato del nacimiento, cántaro del cielo desprende cesto con collares de espinas, cuelga tribu de pájaros agonizando, paila de hordas, panza, compás y manta para calavera del animal del bosque y la tehuana de columna rota.

Corsé de acero para la columna patuleca y clavos par sostener corazón de uno de los dos. La muerte no abraza ni el dolor ni la alegría, solo pasa como en una función de teatro.

Noche se cruza en agujeros de agujas, entrecruza caminos de hiladas. pájaros azules llevan en su pico hilos de cordón umbilical, los enredan en las ramas. Un nido multicolor aborigen el tiempo deshaciendo la tormenta del pensamiento.

En retablo yace mechón libre de imagen suicida...

Mantenerte todavía algo original al indagar a la semejante, extraerla de la hojarasca de la paleta, caballete, lienzo, tocador, pincel, lápiz y boceto adolorido de la indígena al pie de la angustia zapoteca.

El amor un crimen de alegrías.

Cada hilo un resto del tabú dormido, sueño imperturbable e inacabado toca telar de una vida. Sólo queda atar cabos sueltos, no hay nada que coser, nada que descoser. Nudo efímero del pudor arremete contra inapetencia.

Intersticialmente desiertos vacío y un amor que no se enamora.

La mujer cansada, con sus dedos ampollados, se recuesta, se afloja las sandalias, se saca el huipil, se toca su cuerpo, parece una núbil luna desierta de placer. No teme a las tinieblas.

Se junta con madre tierra y raíces en abrazo donde vegeta quimera de razas.

El fuego cerca de sus pies, tirita, aparece el frío, se envuelve en cobija, a un lado telar y los hilos sueltos. Mañana volverá al tocado del misterio. Aquel que duele al otro lado tan cerca, el que embellezco arrincona tan lejos, el que me lleva a la condena o cadena perpetua dentro de mí.

La ceremonia sin elección. Con una mano coge una rama, con la otra se sostiene la frazada, se arrodilla, se pone boca abajo, está cerca de la llama, mete la rama a la candela, dispersa alguna brasas, se enciende la punta, hace bolas de fuego con el movimiento, se sonríe, sopla, apaga la llamita, mueve las brasas rápido, acerca el dedo muy cerca del fuego, hace unos signos, se fascina.

Deja lo que está haciendo. Se recuesta poco a poco, queda boca arriba, su sombra se refleja en algún lugar, mira de reojos sus trazos, arde su huella, hecha humo, se disipa, no le duele nada. Mañana será su boda.

¿Quién besó mis heridas? ¿Quién pasó sus yemas lentamente por estas cicatrices? ¿Las tengo que llamar mías? ¿Quién amó este cuerpo tajado como listo para la fosa? ¿quién no sintió asco de las supuraciones, del olor, de las costras que se sueldan a mí, que me acaban?

¿Mi piel se ennegrece, no siento esa parte, parece que me la hubiesen tizado? ¿Quién no me miró con pena? ¿Por qué el odio hacia mí? ¿Odio esta vida dentro de este cuerpo?

¿Me estoy cansando? Insoportable soy.

¡Claro! ¡Cómo no! Me tildan de extravagante, ególatra, ensimismada. ¿Qué solo quiero concentrar la atención? No saben cuántas veces he puesto ebrio al dolor, caer borracha hasta desnucar la zona atestada de ese dolor concentrado como descarga eléctrica, como látigo, como clavo caliente en la vértebra, como espina de pez en la garganta, es inimaginable cuando empieza la muerte a perseguirte, y como acosadora te echa la jaula, no me deja en paz nunca.

¿Qué carajo puedo hacer? Si este cuerpo no agradable a la vista molesta, pues que lo cubro como muñeca de trapo, embellezco sus imperfecciones. El rostro no lo toco, lo toco, no, sólo lo retoco, resalto sus rasgos andróginos. Sus cejas de murciélagos, y esos bigotes que me hacen sospechosa, nací bizarra.

Soy un hombre que me protege. Soy una mujer que te ama y odia. Soy dos en uno. Una de ti te ama. Otra no te place. –Crees que no me doy cuenta, me hago el búho, la Tijuana, la mía y no mío.

¿A mí me toca qué? Que no me toque nada.

Mi cuerpo se desprende de mí, aunque no quiera. Que así sea el árbol sin identidad.

Las revueltas, las guerras, los heridos, los muertos, las quemas, las pestes, las fosas comunes, los llantos inconsolables. ¿Quién gana, quién pierde el patrón, el molde? Despinto. Me puse de igual y desigual, no hay línea común para la lucha.

El peón una pieza.

En la habitación del poder la máscara de la muerte.

La mujer que pacientemente me desviste me cuenta lo que me pierdo, lo que perdemos, lo que ganamos, lo que no podemos reponer. Me viste, mañana será. Basta de muertos. Me sube el cierre, me pasa sus manos por la espalda, está bonita me dice, ándele, le hago las trenzas, me las dejo hacer, ahorita sí, me canta en susurro, no le gusta como sale el entrenzado, lo desbarata, la dejo me pase el peine como si fuera su nena, juega con las flores en mi cuello, la miro toda desde el espejo, me pesca, me sonrío, me coge la barbilla, vamos ánimo mi reina, se me sale un puchero, me acuna para distraerme, me cuenta como la gallina no se deja coger, ¿ha jugado a la gallina ciega?

Que no le digo, a ver le tapo los ojos, ¿dónde está? Me río de sus ocurrencias, me habita con su espíritu, me calma. Por ahora la turbulencia de mi imaginación parece un pincel dominado por mi boceto.

Duerme la imaginación dentro de una cajita de música.

Me descanso en su abrazo como una niña mimada que no sabe de la tristeza. A ratos sueños que tengo a la luna en mí pecho, que las estrellas todas diminutas se pegan en cada hebra de mi cabello, que parezco una anfibia, sumergiéndose hasta dar con piedras de la memoria.

Pero no, el eclipse pasa, o la somnolencia peñisca, la pesadilla, el hecho, la vida, la guerra, el terror ahí. Era tan real el tiempo que no soporto saber del sol y sus caídas. La baja del enemigo, del cuate, del vecino, del desconocido.

Hileras de cruces, hileras de calaveras. La fiesta de la muerte no cesa. Doy de comer a los pajarillos, lleno tinajas de recuerdo. La lora silba, parece que Diego está afuera. Llega. Silbamos.

Ensangrentada el agua, no es vino, corro donde la nana, para que apriete, y no permita que se me escape, mi vestido tiene una mancha inmensa, siento el bulto calentito en mi vagina, contraigo mis piernas, las uno fuerte como queriendo no se me salga, nada qué hacer.

Verde la promesa, verde el uniforme, verde rojo mi lucha, blanco el hospital, blanca la paz, blanca la muerte, blanco el insomnio. Si no morí al nacer, ni en el accidente, será un por qué.

¿Acaso un acto de encomendarme?

La barra de acero no me empaló hasta el cráneo. No me borró la masa gris, no llegó ahí, pero me hizo un mapa de señas riesgosas, me marco hilos de pertenencia a la nada, me hizo una frontera anticipada de límites, destierros y barreras.

Me exilio dentro de mí.

Qué es la belleza cuando el espejo se rompe y me deja solo restos. Pedacitos de mí se escabulle en cirugía del dibujo. Los vestidos y toques de del yo o de ella supongo para la sobreviviente de su otro momento.

Padecer sin dejarse abofetear por el sufrimiento.

Antes de atravesarme con mi sombra me sorprendió el susto.

Sólo dejo que la vida se bote en mí. No la detengo. Algo de mí muere, algo no, algo contengo. Alguien en mí la pelea. La guerra no es conmigo. Mi cuerpo parece que fuera una tierra sitiada, tomada, que se subleva, que lo castigan por no someterme.

Contemplo mi rostro intacto, me lo sé de memoria, cómo olvidarlo, lo dibujo con los ojos cerrados, como tomar una foto a carboncillo. No sonrío a la cámara de mis dedos. La niña llora a escondida, el dolor de la pierna que la hace caer, la entumece, la hace alejarse del movimiento del espejo. Soy la reina coja, cójanla, me cogen.

No entiendo por qué eso del paso lento, que no puedo comandarla, que no me obedece, que me arrastro, grito que no puedo. Mi padre y mi madre no me dan tiempo para compadecerme, aguanta, serás fuerte, caminarás otra vez. ¡Vamos!. Ejercicios, pruebo botas, pesan, cambio botines, qué no.

Miro desde la terraza un cielo que no es mío. ¿Será de alguien? Mi madre se persigna mirando en lo alto. La muerte anda queriendo encontrarse conmigo, primero me agarró jugando, luego, cuando el canto del gallo se perdió, el tranvía se sale, ¡ay! Ese momento, ese otro grito, el que me estalla en silencio, ese que no aplaca, eso que sentí, que la barra me desgarró hasta el himen de la muerte.

El encanto se me descolocó en el deseo. El silencio me dejó con la espantosa soledad de verme en el espejo que mi madre hizo instalar encima de mi cama para que me recuerde esa soy. Otra vez, tú saldrás caminando, no vas a morir, rezo y te empujo al principio del verbo, ruego te salves, no te me derrotes mi niña, que tu mama está aquí.

Mi padre aparece con pinceles y cartulinas, me descuingo, has como si te tomaras fotos, como si captases los episodios, como si el tiempo no transcurriera, como si develaras el recuerdo. Mi madre coloca encima de la cama caballete colgando, especialmente hecho para que ella pueda aguantarse la convalecencia pintando, dibujando, silueteando, borroneando a la casi inmóvil, atrapando a la que nunca la soltará.

Un papel fuera y dentro del manuscrito de las dos Fridas.

Que no quiero nada, que hasta la fantasía me ha abandonado. No me dice nada, me deja despotricar. Semioscuro el cuarto, me supone dormida, lo oigo salir. Sollozo, por qué a mí.

Soy una guerra perdida en mi cuerpo.

El dolor mi primer enemigo. Ni siquiera tuve tiempo a imaginar el miedo. Soy mi propio espanto de carne y hueso. Esto de sentir y no desear el cuerpo en esas condiciones.

El retrato de la crueldad un bello espécimen horrorosamente soportable. Un cuadro del bien y del mal atragantados por la estirpe o estado en descomposición. Esqueleto muelo para cubrir de cal el olor. Parezco que perezco ya. Me siento huérfana de mí, soy una alegoría de la femineidad que no me parió, que me duele hasta revolcarme con chingado calvario, un tormento. El torturador encapuchado: mi cuerpo verdugo.

Oigo un niño sollozar avatar bajo toldo de una casa que se alumbra con vela.

Los rieles de la memoria descarrilan el tiempo. Aprendió a mirar. Hace la toma del relato. El recuerdo sale al lápiz. La forma es ella. Un hombre inmenso la coge en peso. Parece un colibrí en mural del silencio. La pared deslumbra. Los lienzos parecen cortinas de la imaginación. La risa implacable del día.

La mujer se desnuda para amoldar al espacio.

Las cicatrices están casi secas.

Cojo un papel, crayón, casi oscuro todo el cuarto está, tenue luz del filo de todo, dibujo, mancho unas partes, imagino un rectángulo plateado, busco colorearlo, hago la cama, arriba el espejo, la muerte se asoma y me ríe, ¿qué quieres? le digo, -a ti me- dice, no te será fácil. Atenuante.

Le hago horripilante rostro, la tizno de blanca, una novia de cal con flores pálidas entre lilas y amarilla. Soy yo. Me devuelve la rabia, la imagen cobra vida, me estrangula la memoria, me amputa la jaula torcida de mí.

Los barrotes están pegados, nada qué hacer.

Me pinto el yeso, me voy poco a poco dejándome vivir otra vez dentro de mí. Mi espacio habitable es esta cama. Todo me hace nada. Me hacen creer que no estoy sola, que la compañía no tiene que ser una carga pesada.

Ahora quién me lleva en peso. Poco a poco, a paso lento, lentamente vuelvo a caminar, polio y columna tiene que volverse una desgracia aguatable. Tengo mi carpeta de dibujos, al muralista le he puesto el ojo. Lo visito, se los enseño, que quiere ver más, le digo que vaya a mi casa. Fue.

Cuando menos lo quise me agarró, lo tenía entre mis cejas anidando a este pintor del mural, trepador de paredes. El gran Diego, el incansable, el militante, el tierno hombre que nadie conoce ¿por qué se habrá fijado en mí?

Yo, una paloma herida queriendo anidar en su sentimiento.

Me meto en su fantasía.

El se asomó como un sol mitad negro mitad blanco. Juego en su imaginación. Lo atrapo en la realidad, se deja embardunar por mi emoción mujeril, algo sale de mí, lo trazo, lo atraso, lo trozo, lo retozo, lo destrozo con besos. Abandono mi traje varonil, por ahora en el armario, a él le gustaba mi doblez.

El dolor no me deja disfrutar de mi cuerpo, cómo hacerme un cuenco sin molestias. Y no es asunto de “herida psique hazme saber de mí”. Es un cuerpo desbaratado de su forma original ¿sirve o no?

Se congestiona la soledad, choca el placer. La vida, los días, el ocaso del árbol, cae la flor, el fruto no llega al tallo, tambalea en el orificio. La planta del pie ausente. Una sola huella, un solo zapato, una sola Frida. Ya no hay que cortar más. Corte. La tela se deshilacha.

¿Cuántas veces han abierto, zurcido esta espalda?

No pega el remiendo.

No tenga ganas de nada.

Me da vueltas las ganas de morir sin que nadie me vea. Ahorita que se recoge la noche, ¡ayúdame! ¡Diego! Que nadie se ocupe de mí, que me desocupo de esta caja corporal antes de que se me pudra completa.

Quiero terminar airosa, sin melodrama.

Mi último acto fue ir a la exposición. Las pinturas ahí. Ya no estaba. Miré distante el espectáculo a la muerte y a la vida. Sentí el cerco de la rayuela vacía. Llevo a la Kahlo muerta. Ésta, a la que alimento, la que queda que se va en cualquier rato.

Allá, esa, la que veo colgada en los cuadros. ¿Estoy aquí? Allá, aquella que dirá algo por mí. –Ya no estoy- Yo sé bien que estoy afuera y sé que no tendrás que llorar. ¿Quién te abraza cuando no te veo?

Me das la espalda.

Hueles a hembra.

Rayo la luna de Coyoacán.

El loro de nuestro silbo duerme, que no le silbe otra.

Dime, ¿Qué queda de mí en ti?

Frida el amor amputado, amada imperfecta. Cabeza de rana gigante dónde vas. Lo amado no le pertenece. Ara la era del eros la crueldad del placer. Yo una raya en el mural de la cabeza de Diego, ego no di, rivera sí.

Boceto de memoria su beso tierno dentro de mí. Niña mía dame tu manito, déjame acurrucar en tu cuenco. Déjame enterrar. Préstame tu vida y desaparece la mía. Frida ¿dónde estás? –Aquí–

Ella lo redujo a su tamaño para que la serpiente dual los habite. Ambos se mordieron la cola. Cenizas de viento, sonaja del árbol de fuego. Amor de piedra el origen pega y duele.

La alucinación duerme la carne.

El vientre del ocaso en la boca vaciada.

La pelota de piedra sostiene al sol para que no caiga la luz en el río.

Espejo de agua refleja serenidad y angustia de los monstruos fascinantes. Ellos se abrazan para no morir todavía. Lágrima de piedra volcánica el altar de la agonía dormida en tus ojos.

Me pega el silencio.

La mosca cae como hoja sospechosa. En el lugar donde canta la rana la mitad del eclipse. El lago se seca para que narciso no se mire. La flor sonrío al pintor que la ahoga en la acuarela.

No sabía que eras tú.

Útero clave vacía de mí. La granada se rompe en tu vulva, agua roja el hilo de tu ser. Se lamenta amanecer. En posición fetal nuestros sueños. Juego brasero sonido del agua. Muñeca de piedra la lluvia te esculpe indefinida. Tú defines lo que no cabe en mí.

Acaba mi ojo de cíclope en tu mirada. Me demarcas, me marcas, mar sin olas la arcada. Excavo lo que devuelvo. Nada me pertenece salvo la muerte que me deja cuando me toca. Sólo es otro mandil. Otro zapato grande, otro pincel gastado. Te alcanzo mi pequeña. Espera.

Pintura seca en mis dedos, en este cuerpo que va como emigrante. Babas de Nepal, cal y sal las sombras en rastros sin rostros. ¿Tú sin mí?

Sin reflejo tu sonrisa ausente de mi existencia sin luego.

Te pregunto, yo tu hombre ¿he sido el amor cuando lo soy contigo? Tú eres el amor que no sé. –Sea eso por los dos– Templo de roca vacía el momento que no estamos. La historia no muera entre los dos.

Alguien la crea.

El pequeño con overol echado en el piso hace una rana saltando en el paraje, los ojos se le salen, la atrapa en lago que los mira. El agua juega con secante, parece un ojo azul brumoso en el bosque.

Cerca la casa azul, la serpiente se enrosca, deja ver sus dos cabezas, se suelta, se miran a distancia, tan cerca y tan lejos. Las ruinas del tiempo se dejan notar. Otros lo tapan con una ciudad que se hunde en espejismos.

Alto ahí.

La tensión de una mujer genuina me desarma todo apego a la perennidad.

Me desapego de mí.